

¿Nos creerán? ¿Nos seguirán al punto á donde queramos conducirles.

—Es verdad.—declaró la muchacha gimiendo.

—Madre, tú que tienes saber y experiencia, aconséjame; dime lo que debo hacer. No puedo, ni quedarme á su lado, ni dejarle como está para ir á acompañaros. Y no hay más remedio que hacer una de las dos cosas.

Se retorció los brazos desesperadamente, y las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos se deslizaban por sus mejillas y caían sobre la palidísima frente de Enrique.

—Reflexionemos, hija mía. Pero ante todo tratemos de hacerle recobrar el conocimiento.



—¿Dónde?  
—A doscientos pasos de aquí. Una gruta na-



## XII

### El asilo misterioso.

Algunas horas después, como Mabel y Mariquita hablabán de buscar una vivienda adecuada para el caballero, un mocito que rondaba en torno del carruaje se acercó. Tendría unos quince años, y era el niño mimado de la tribu por su audacia y agilidad. Se deslizaba por el ojo de una aguja; nadie como él escalaba más fácilmente una roca, ni atravesaba un río, ni olía un cristiano, ni robaba con más habilidad y destreza.

—¿Una vivienda?—dijo.—Yo acabo de descubrir una en la cual nadie molestará al rumí, porque no creo que sean muchos los que la conozcan. Y suponiendo que encuentren la entrada, una mujer bastaría ella sola para defenderla.

—¿Dónde?

—A doscientos pasos de aquí. Una gruta na-

tural donde hay una cama, muebles..., y ni asomos de propietario. Debe de haberse muerto. La descubrí, y pensaba que esta noche podríamos hacer la mudanza.

—¿Cómo la has descubierto?

—Por casualidad. Me gusta saber lo que hay en los rincones, en los huecos de las peñas, entre las espesuras, en los sitios por donde no suele pasar la gente. Muchas veces se hallan cosas muy curiosas.

—Guíanos—dijo Mabel.

Hay que advertir que estaban casi en la frontera, á dos leguas escasas de Irún. Una roca, de más de treinta pies de altura, erguía en un lugar salvaje y bravío, y ante aquella masa de granito, como para impedir su acceso, había un verdadero matorral que parecía impenetrable á primera vista.

El ojo perspicaz y acostumbrado á sondear espesuras acababa por descubrir un angosto sendero á través de aquella maleza inculta y espinosa. Ni una dama ni un hidalgo habrían podido atravesarlo, so pena de dejar en jirones sus vestidos entre las zarzas: había que penetrar arrastrándose, y se necesitaba para ello ser lobo, vasco ó gitano.

De este modo, pues, como serpientes, el chiquillo y las dos mujeres internáronse bajo aque-

lla cúpula de verdura, no sin arañarse algo las manos y la cara. Después de recorrer así unas doce varas se pusieron de pie ante una puerta estrecha, que aquella mañana estaba aún cerrada, y que el gitanito había abierto con su puñal.

Era una vasta sala sana y limpia, provista de muebles suficientes para una estancia de corta duración. Una especie de escalera interior permitía á los inquilinos subir hasta una raja, ventanillo natural, ó artificial quizás, como tronera, por la cual podía divisarse todo el llano y desde donde podían dispararse varias escopetas á la vez. Era, pues, casi un reducto. Por una especie de pasillo que partía de aquella estancia, y separado por una ligera puerta, se llegaba á un arroyuelo, un hilo de agua clara y límpida que brotaba en medio de la montaña.

Mabel observó que sobre la mesa, las sillas y la cama había una capa de polvo bastante espesa, lo que probaba que desde hacía muchos días nadie había puesto los pies en aquella habitación rocácea, tan fresca, tan agradable y tan deliciosa. La madre se frotó las manos con satisfacción.

—Hijo mío, del primer botín que se reparta en la tribu tendrás una parte especial. No hay en toda España sitio mejor que éste para nuestro herido, y una sola mujer basta para cuidarle.

—Sin embargo—objetó Mariquita,—si volviese de pronto el propietario...

—No es probable; y de todos modos, necesitaría tener el alma más dura que estas peñas para arrojar de aquí á un pobre herido y á su asistente. Lo único que hay que temer es que las gentes de Gonzaga descubran este retiro mientras estemos ausentes, y no lo creo fácil.

Quedaba por vencer una dificultad: la de transportar á Lagardère á aquel asilo. No era la menor, puesto que no convenía destruir el espeso matorral que ocultaba la entrada. Y si ellos arrastrándose podían llegar á la puerta, el herido, incapaz de todo movimiento, era imposible que los imitara.

También esta vez el gitano les facilitó el medio. Decididamente, era un chiquillo precioso. Su vivaz inteligencia y su agilidad triunfaron de las dificultades. Con admirable celeridad construyó toscamente una estrecha camilla, que cubrió de tela y proveyó de dos ruedas, una en cada extremo, lo bastante bien hecha para que pudiese rodar empujada por alguien. Perfeccionáronla un tanto los gitanos, y por la noche, entre dos hombres, uno tirando desde la puerta de la cabaña con una cuerda, y otro empujando y arrastrándose tras la camilla, trasladaron á Lagardère al misterioso

asilo, que parecía preparado expreso para recibirle.

Mabel y Mariquita le curaron, le acostaron, y se sentaron junto á su lecho. Por el ventanillo estaban en comunicación con la tribu, acampada á ciento cincuenta varas de distancia en la carretera.

Lagardère pasó la noche de irando; la fiebre amenguó en intensidad á la aurora. Ambas mujeres se preparaban á reunirse con la tribu, á la que iba á transmitir sus órdenes la *Madre*, cuando resonó un silbido, señal convenida con el jefe. Subieron inmediatamente á la tronera, y distinguieron á gran distancia cuatro jinetes. El corazón de Mariquita palpitó con violencia. ¿Serían los amigos, ó los enemigos del caballero? El chiquillo que descubrió el asilo estaba allí desde el alba. Había ido á llevarles víveres, y la *Madre* le dijo:

—Di á los nuestros que no sé quiénes son los que llegan. Que nadie se deje ver ni se menee si no me oye. Si lanzo el grito del mochuelo, fuego sobre ellos de todas partes; si grito ¡Lagardère! que todos salgan de los carros sin armas, y tú me traes aquí á M. de Chaverny.

—¡Entendido!—repuso el muchado; y escapó á transmitir las órdenes.

Cuando los jinetes pudieron reconocerse la gitanita ahogó una exclamación de rabia:

—¡Son los de Gonzaga! ¡Que se vayan al infierno! ¡Dejémosles pasar, madre!

Eran los cuatro *enrodados*, que al pasar lanzaron una mirada interrogadora al campamento. ¿Serían los que los habían hecho huir de Pancorbo? No vieron un alma; pero por entre los toldos de los galiones brillaban varios cañones de escopetas.

—¡Atención, señores!—dijo Montaubert desenvainando.—Este silencio es de mal agüero. ¡Estos perros paganos no duermen á tales horas!

—Oriol—murmuró Taranne—pincha con tu espada en esa galera negra, que debe de ser la del jefe. Así nos darán los buenos días.

—¡Á tiros!.. ¡Muchas gracias!—repuso Oriol.—No soy supersticioso; pero ese vehículo es lúgubre, y mi opinión es que no tenemos nada que hacer con ellos, y más vale dejarlos en paz si ellos nos dejan.

Bien hicieron en escuchar tan sensatas palabras. Aquel carro era el destinado á llevar los cadáveres de la tribu, y si lo hubiesen tocado, veinte tiros les habían hecho expiar su sacrilegio. Pasaron.

—Es cierto que hemos seguido una pista falsa—murmuró Mabel;—pero ¿cómo decían que iban seis?

La explicación era muy sencilla. Los otros dos

eran españoles enviados por Gonzaga en busca de sus *enrodados* para ordenarles que vigilaran la frontera entre Fuenterrabía y Roncesvalles.

Felipe de Mantua comenzaba á preocuparse por Peyrolles, el cual había enviado un correo rogándole que le enviase dinero á Burgos y dándole noticia de la fuga de Aurora de Nevers. El mayordomo, para atenuar en parte la noticia, añadía que vigilando bien la frontera sería muy fácil recobrar á la fugitiva. En la imposibilidad de acudir él mismo á la capital castellana, Gonzaga, recomendó á Peyrolles reconstituir la banda antigua, vigilar y esperar sus órdenes.

Lo que retenía en Madrid á Gonzaga era la necesidad de saber cuál iba á ser la suerte de su protector y amigo el cardenal Alberoni. Los dos italianos y bribones, no tardaron mucho en entenderse, y no tenían entre ellos secretos. Tanto es así, que el Príncipe no dudaba en llegar á ser en España tan poderoso ó más que en Francia. Pero la guerra destruyó sus ilusiones. Sabíase que el Regente y Dubois sólo concedían la paz con la condición de derribar á Alberoni del Poder y hacerle desterrar del reino.

Desde que la desgracia se cernía sobre su cabeza, el Cardenal estaba aún más afable con Felipe. En eso suelen reconocer los cortesanos que un favorito va á caer. El día que se acerca á

ellos comienza á declinar hacia su ocaso. Una mañana que charlaban los dos amigos en el despacho del Ministro, dijo éste:

—Hace dos días que la Reina me pone mala cara. ¡Hum! ¡No sé lo que sucederá si halla por ahí un general á su gusto! En cuanto al Rey, con sus ojos de carnero no me asusta. Es un estúpido, á quien le bastan para ser feliz un reclinatorio y faldas (1).

—Si os oyesen, bastarían esas palabras para perderos.

—Nadie nos oye. y no seréis vos quien las repita—dijo el Prelado mirando á su compatriota con sus ojillos pardos, que parecían abiertos á punzón.

Felipe sonrió sin contestar.

—Si me obligan á irme, no me iré con las manos vacías.

—Es natural que hayáis tenido la prudencia de poner á salvo vuestra fortuna.

—Sí—; pero no me refiero á eso. Tengo en mi saco algo más importante que el oro.

El Príncipe no se atrevió á interrogarle sino con la mirada. Su interlocutor le murnió casi al oído:

—¡Felipe V es rey por el testamento últi-

(1) Para comprobar lo histórico de la frase véanse las *Memorias*, de Duclos. (N. del A.)



—Hace dos días que la Reina me pone mala cara.

mo de Carlos II, y ese testamento lo tengo yo!

Los criminales más hábiles suelen tener un minuto de fanfarronería, de desvergüenza, que los pierde. Alberoni, el más reservado de los ministros después de Mazarino, acababa de charlar como una dueña, y no supo callar lo que más le interesaba. Aquel testamento pensaba ofrecerlo al emperador de Alemania Carlos VI, y así podría regresar con la cabeza muy alta á España, de donde iba á salir con las orejas gachas.

Estaba tan ufano de su truhanería, que no pudo contenerse y charló. Si hubiese reparado en el semblante de su compatriota ó leído en su alma, habríase arrepentido de su imprudente confianza. Hay días en que los más astutos y hábiles se tornan imbéciles. Tal sucedió aquel día á Alberoni.

Abrióse bruscamente la puerta, y apareció un oficial de guardias de Corps, que entregó al Ministro un pliego con el sello Real. Alberoni le abrió febrilmente, leyó y palideció, tendiendo á Gonzaga el pergamino; pero antes que el Príncipe hubiera podido leer nada, el oficial se lo arrancó de las manos y le dijo imperativamente:

—¡Salid, caballero!

—¡Es una insolencia!—saltó el Príncipe echando mano á su espada.

—Es una orden, caballero. Desde este instan-

te Su Eminencia el cardenal Alberoni no tiene el derecho de comunicarse con nadie ni de escribir á nadie, ni aun á Sus Majestades.

—¿Os aprisionan, entonces?—preguntó Felipe.

—No, amigo mío; me echan. Me conceden veinticuatro horas para salir de Madrid, y quince días para salir de España. ¿Vendréis á verme á Parma?

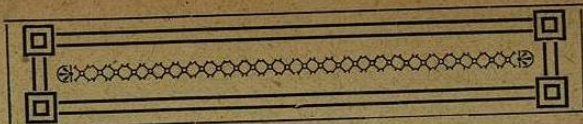
Gonzaga reflexionó un momento.

—Lo dudo—respondió. Y sin tender la mano al que hasta entonces había sido su amigo, salió.

Es un talento como otro cualquiera el de saber deshacerse á tiempo de las amistades comprometedoras. «El favor—dijo Labruyère—pone al hombre por encima de sus iguales, y la desgracia por debajo.» Si Alberoni hubiera tenido en presencia del Oficial un movimiento de rebelión, quizás le hubiera sostenido Gonzaga; pero lloró: luego se consideraba vencido.

—¡Es hombre al agua!—pensó.—¡Vámonos! Y salió; una vez fuera sonrió diciéndose:

—¡Perdí el alfil! ¡Juguemos el Rey! ¡Aún puedo ganar la partida!



## XIII

### El testamento.

Teniendo cerradas las puertas de Francia mientras viviera el Regente, y tal vez después también, Felipe de Mantua tenía el mayor interés en conservar la libre permanencia en España, y con la influencia más grande que pudiera. Á la sombra de Alberoni, que le favorecía, contó con escalar los primeros puestos del favor.

Los desórdenes de la corte, la debilidad del Rey, el poderío del Ministro, que dominaba el ánimo de la Reina, le habían permitido esperar.

Maniobró tan hábilmente, que Alberoni, contra su invariable costumbre de no dejar acercarse á ningún italiano á la Soberana, le presentó á Isabel de Farnesio, lo que le permitió imponerse á la Nobleza española, que no le miraban con bue-